



VII

Hamílcar Barca



EL Anunciador de las Lunas, que vigilaba todas las noches desde lo alto del templo de Eschmnú, para señalar con su trompeta las agitaciones del astro, advirtió una mañana por el lado de Occidente, algo parecido á un pájaro rozando con sus alas la superficie del mar.

Era un navío con tres órdenes de remeros; llevaba esculpido en la proa un caballo. Elevábase el sol; el Anunciador de las Lunas se puso la mano ante los ojos, y luego, cogiendo su clarín, lanzó un gran grito de cobre hacia Cartago.

De todas las casas salió la gente; no se quería creer lo

que ocurría, disputaban todos y el muelle se llenó de curiosos. Por fin se reconoció la trireme de Hamilcar.

Avanzaba orgullosa y feroz con la antena recta, la vela hinchada y hendiendo la espuma; sus gigantescos remos se hundían cadenciosamente en el agua. De cuando en cuando en la extremidad de su quilla, formada como la reja de un arado, aparecía, bajo el espolón que terminaba la proa, el caballo de cabeza de marfil encabritado, como si corriera sobre las llanuras del mar.

Junto al promontorio cesó el viento, cayó la vela, y se vió junto al piloto un hombre de pie con la cabeza desnuda. ¡Era él, el suffeta Hamilcar! Llevaba alrededor de la cintura anchas hojas de hierro que relucían, un manto rojo pendía de sus hombros dejando ver sus brazos; dos perlas muy largas colgaban de sus orejas, y caía sobre su pecho la barba espesa y negra.

La galera empujada por las olas se acercó al muelle, y la multitud la seguía andando y gritando:

— ¡Salud! ¡bendición! ¡ojo de Khamon! ¡Ah! ¡líbranos!
¡La culpa la tienen los Ricos! ¡Quieren matarte! ¡Cuidado Barca!

No contestó, como si el clamor del oceano y de las batallas le hubiesen ensordecido. Pero cuando llegó al pie de la escalera que bajaba del Acrópolis, Halmicar bajó la cabeza, y cruzado de brazos miró el templo de Eschmun. Su mirada subió más aun, se perdió en la bóveda inmensa; con voz áspera dió una orden á sus marineros; la trireme saltó; rozó el idolo que se erguía en el ángulo del muelle para detener las tempestades; y en el puerto del Comercio, lleno de inmundicias, de trozos de madera y de cáscaras de frutas, rechazaba ó partía los otros navíos amarrados á estacas y que terminaban en forma de mandíbulas de cocodrilo. El pueblo, acudía allí, y algunos para saludarle de más cerca se echaron al agua. El buque estaba ya ante la puerta erizada de clavos. Levantóse y la trireme desapareció bajo la bóveda profunda.

El puerto militar estaba completamente separado de la ciudad; cuando llegaban embajadores les era preciso pasar entre dos murallas por un corredor que desembocaba á la izquierda en frente del templo de Khamon. Aquella gran extensión de agua redonda como un vaso, hallábase rodeada de muelles, donde había como unos grandes nichos para abrigo á los navíos. Delante de cada uno de ellos se levantaban dos columnas que en su capitel tenían los cuernos de Ammon, lo cual formaba una línea de pórticos alrededor del estanque. En el centro, en una isla, se levantaba una casa para el suffeta del mar.

El agua era tan límpida, que se veía el fondo pavimentado de guijarros blancos. El ruido de las calles no llegaba hasta allí, y Hamilcar, pasando, reconocía las triremes que había mandado.

Solamente quedaban unas veinte cuidadosamente resguardadas, y cubiertas de dorados y de símbolos místicos. Pero por la acción del tiempo las Quimeras habían perdido sus alas, los Dioses sus brazos, los toros sus cuernos de plata. Todas medio despintadas, inertes, podridas, pero llenas de recuerdos exhalaban todavía como el aroma de sus viajes, y al ver pasar á Hamilcar, al igual de los soldados mutilados que ven á su antiguo jefe, parecían decirle: «¡Somos nosotras! ¡somos nosotras! Tú también eres un vencido».

Nadie, fuera del suffeta del mar, podía entrar en la casa-almirante. Hasta que se tenía la prueba de su muerte, se le consideraba siempre como vivo. Los Antiguos evitaban de aquel modo un amo, y no habían faltado tampoco esta vez á la costumbre. El Suffeta penetró en las salas desiertas. A cada paso encontraba armaduras, muebles, objetos conocidos, y que sin embargo le admiraban, y en el vestíbulo había aún, en un pebetero la ceniza de los perfumes quemados al partir para conjurar á Meikarth. No era de aquel modo como esperaba volver. Todo lo que había hecho, cuanto había visto, apareció ante su memoria: los

asaltos, los incendios, las Legiones, las tempestades, Drepano, Siracusa, Lilibea, el monte Etna, la meseta de Eryx, cinco años de batallas, hasta el día funesto en que, depositando las armas, se perdió Sicilia.

Subió al último piso de la casa; luego, sacando de una concha de oro suspendida á su brazo una espátula adornada de clavos, abrió la puerta de una salita oval.

Delgadas redondelas negras, hundidas en la pared y transparentes como cristal, la iluminaban suavemente. Entre las hileras de aquellos discos iguales, se veían unos agujeros parecidos á los de las urnas en los columbarios. Contenía cada uno una piedra esférica, negruzca, que parecía muy pesada. Únicamente las inteligencias superiores honraban aquellas piedras desprendidas de la luna. Por su caída representaban los astros, el cielo, el fuego; por su color, la noche tenebrosa; por su densidad, la cohesión de las cosas terrestres. Una atmósfera sofocante llenaba aquel lugar místico. Arena del mar que el viento había empujado sin duda á través de la puerta, blanqueaba algo las piedras redondas de los nichos. Hamilcar con la punta de su dedo, las contó todas; luego ocultó el rostro bajo un velo de color de azafrán, y cayendo de rodillas se echó de bruces con los brazos extendidos.

La luz exterior atravesaba las oscuras hojas que tapaban las ventanillas. Arboreencias, montículos, torbellinos, extraños animales, se dibujaban en su espesor diáfano, y la luz llegaba espantable y pacífica sin embargo, como debe existir detrás del sol, en los tristes espacios de las creaciones futuras. Se esforzaba en borrar de su mente todas las formas, todos los símbolos y apelativos de los Dioses, á fin de poder comprender mejor el inmutable espíritu que las apariencias ocultan. Algo de las vitalidades planetarias le penetraba, mientras sentía por la muerte y por todos los azares un desdén más hondo y más íntimo. Cuando se levantó, sentíase lleno de una intrepidez serena, invulnerable á la misericordia, al temor, y como sentía

pesar aquella atmósfera sobre su pecho, subió á la cima de la torre que dominaba á Cartago.

La ciudad se extendía en pendiente con sus cúpulas, sus templos, sus techos de oro, sus casas, sus grupos de palmeras, sus bolas de cristal que lanzaban destellos, y las murallas, formaban como una gigantesca guarnición á aquel cuerno de la abundancia que parecía verterse á sus pies. Abajo, veía los puertos, las plazas, el interior de los patios, las líneas de las calles, los hombres diminutos casi pegados al pavimento. ¡Ah! si Hannon no hubiese llegado demasiado tarde el día de las islas Egates! Sus ojos se hundieron en el extremo horizonte, y tendió hacia el lado de Roma sus brazos temblorosos.

La muchedumbre ocupaba las gradas del Acrópolis. En la plaza de Khamon había empujones para ver al suffeta cuando saliera. Las terrazas se llenaban de gente. Algunos le reconocieron. Se le saludaba; se retiró, para mejor excitar la impaciencia del pueblo.

Hamilcar encontró en el gran salón á los hombres más importantes de su partido: Istatten, Subeldia, Hictamon, Jeubas y otros. Le contaron cuanto había ocurrido desde que se firmó la paz: la avaricia de los Antiguos, la marcha de los soldados, su vuelta, sus exigencias, la captura de Giscon, el robo del Zaimph, Utica socorrida y después abandonada; pero nadie se atrevió á decirle los acontecimientos que le concernían. Por fin se separaron para verse de nuevo durante la noche en la asamblea de los Antiguos, en el templo de Moloch.

Acababan de salir cuando estalló un gran tumulto junto á la puerta. A pesar de los criados alguien quería entrar; y como el escándalo redoblaba, Hamilcar mandó que introdujeran al desconocido. Se adelantó una negra vieja, encorvada, arrugada, temblorosa, de facha estúpida, envuelta hasta los talones en amplios velos azules. Llegó á un paso del suffeta y se miraron uno y otra largo espacio. De repente Hamilcar se estremeció; á un ademán suyo los

esclavos se fueron. Entonces haciendo señal de que anduviera con precaución le condujo á una habitación apartada.

La negra se echó al suelo y quiso besarle los pies. El la levantó brutalmente.

—¿Dónde le has dejado, Iddibal?

—Allá abajo, amo.

Y desembarazándose de sus velos, frotó con su manga el rostro. El color negro, el temblor senil, el encorvamiento, desaparecieron. Era un robusto anciano, cuya piel parecía curtida por la arena, el viento y el mar. Un mechón de cabellos blancos se ergula sobre su cráneo como el plumero de un pájaro, y con una ojeada irónica mostraba en el suelo el disfraz caído.

—¡Has hecho bien, Iddibal! ¡muy bien!

Luego como atravesándole con su mirada aguda:

—¿Nadie sospecha todavía...

El viejo juró por los kabyros que el secreto estaba bien guardado. No abandonaban nunca su cabaña á tres días de Adrumeto, en una plaza poblada de tortugas y con palmeras sobre las dunas.

—Siguiendo tus órdenes, amo mío, le enseño á lanzar jabalinas y á guiar cuádrigas.

—¿Es robusto, verdad?

—¡Sí, amo, y muy intrépido! No teme ni las serpientes ni el trueno ni las fantasmas. Corre descalzo como un pastor por la orilla de los precipicios.

—¡Habla! ¡habla!

—De continuo inventa trampas para los animales feroces. La otra luna. ¿Lo crearás? sorprendió una águila, ésta le arrastraba y la sangre del ave de rapiña y la sangre del niño se esparcían por el aire en anchas gotas como rosas voladoras. El animal furioso le envolvía con sus alas; él la estrechaba contra su pecho, y á medida que agonizaba el águila redoblaba su risa, sonora y soberbia como el choque de las espadas.

Hamilcar bajaba la cabeza, deslumbrado por aquellos presagios de grandeza.

—Desde hace algún tiempo siente como una especie de inquietud. Mira á lo lejos las velas que pasan sobre el mar; está triste, rechaza el pan, quiere conocer á los dioses y desea ir á Cartago.

—¡No, no! ¡aún no! —exclamó el suffeta.

El viejo esclavo pareció saber el peligro que asustaba á Hamilcar y contestó:

—¿Cómo contenerle? Le he de hacer promesas, y no he venido á Cartago sino para comprarle un puñal con mango de plata rodeado de perlas.

Luego contó que habiendo visto al suffeta en la terraza se había presentado á los guardias del puerto como una de las mujeres de Salambó para llegar hasta él.

Hamilcar permaneció largo rato como absorto en sus pensamientos y después dijo:

—Mañana estará en Megara al ponerse el sol, detrás de las fábricas de púrpura, é imitaras por tres veces el grito del chacal. Si no me ves, el primer día de cada luna volverás á Cartago. ¡No olvides náda! ¡cuidale! Ya puedes hablarle de Hamilcar.

El esclavo se puso de nuevo su disfraz y ambos salieron de la casa y del puerto.

Hamilcar continuó solo y á pie sin escolta, pues las reuniones de los Antiguos eran en las circunstancias extraordinarias muy secretas y se acudía á ellas misteriosamente.

Primeramente siguió la fachada oriental del Acrópolis, pasó después por el Mercado de hierbas, las galerías de Quiniso, y por el arrabal de los perfumistas. Las escasas luces se extinguían; las calles más anchas quedaban silenciosas; después algunas sombras se deslizaron por las tinieblas; le siguieron, y todos se dirigieron como él hacia los Mappales.

El templo de Moloch estaba edificado al pie de una gar-

ganta escarpada en un lugar siniestro. Desde abajo sólo se veían altos muros que subían indefinidamente, como las paredes de una tumba monstruosa. La noche era sombría, una niebla gris parecía pesar sobre el mar. Este, chocaba contra el acantilado con un rumor de estertores y sollozos y las sombras se desvanecían poco á poco como si hubieran pasado á través de las paredes.

Tan pronto como se salvaba la puerta aparecía un ancho patio cuadrangular con soportales. En el centro, elevábase una masa arquitectónica ochavada. La cubrían varias cúpulas que se amontonaban alrededor de un segundo piso cubierto de una especie de rotonda, de la cual sumergía un coro de vértice encorvado que terminaba en una bola.

En cilindros de filigrana, embutidos en largas perchas que llevaban unos esclavos, ardían brillantes llamas.

Aquellas luces vacilaban bajo las ráfagas de viento y los esclavos corrían y se llamaban para recibir á los antiguos.

En el suelo y de trecho en trecho, estaban agazapados á guisa de esfinges enormes leones, símbolos vivientes del sol devorador. Estaban adormilados con los párpados entreabiertos, pero despertando al ruido de los pasos y de las voces, se levantaban lentamente, iban hacia los Antiguos, que conocían por su traje y se frotaban con sus piernas, enarcando el lomo con bostezos sonoros; el vapor de su aliento velaba un tanto la luz de las antorchas.

Redobló la agitación. Cerráronse las puertas, los sacerdotes huyeron y los Antiguos desaparecieron entre las columnas que formaban en torno del templo un inmenso vestíbulo. Estaban dispuestas de manera que reprodujeran en sus filas circulares concéntricas, el período saturniano, conteniendo los años, los meses; los días; y tocándose al fin cuando llegaban á la pared del santuario.

Allí es donde los Antiguos dejaban sus bastones de asta, pues una ley siempre observada, castigaba con la

muerte al que tomaba parte en la sesión llevando un arma cualquiera. Muchos llevaban en la orilla de sus mantos un desgarrón contenido por una franja de púrpura, para demostrar que llorando á sus parientes, no habían cuidado de sus vestidos. Otros tenían su barba encerrada en un saquito de piel de violeta que dos cordones sujetaban á las orejas. Todos se saludaron abrasándose estrechamente. Rodeaban á Hamilcar, le felicitaban; hubieran dicho que eran hermanos que volvían á verse.

Aquellos hombres eran casi todos rechonchos y anchos de espaldas y tenían la nariz encorvada como los colosos asirios. Algunos por sus pómulos más salientes, su estatura más alta y los pies más estrechos, delataban su origen africano, antecesores nómadas. Los que vivían de continuo en el fondo de sus tiendas tenían el rostro pálido, otros, ostentaban como la huella de la severidad del desierto. Se conocía á los marinos por el balanceo de su marcha, y los agricultores oían á campo, á hierbas secas, y á sudor de mulo. Todos aquellos viejos piratas hacían labrar los campos, aquellos acumuladores de dinero equipaban navíos, y aquellos agricultores, alimentaban esclavos diestros en toda clase de oficios.

Pasaron primeramente por una sala abovedada que tenía la forma de un huevo, siete puertas correspondientes á los siete planetas dibujaban en la pared siete cuadros de colores distintos. Después de atravesar otra sala penetraron en una mayor que las anteriores.

Un candelabro cubierto de flores cinceladas ardía en el fondo y cada uno de sus ocho brazos de oro tenía dentro de cálices de diamantes una mecha de bysso. Estaba colocado en el último peldaño de los que conducían á un gran altar que terminaba en los ángulos por grandes cuernos de cobre. Dos escaleras laterales conducían á su cima plana; no se veían las piedras, parecía una montaña de cenizas acumuladas en la que algo indistinto humeaba encima lentamente. Más allá, más alto que el candelabro

y que el altar se levantaba el Moloch de hierro, con su pecho de hombre en el que se veían muchas aberturas. Sus alas desplegadas llegaban á la pared, sus manos pendientes tocaban el suelo, tres piedras negras rodeadas de un círculo amarillo figuraban tres ojos en su frente, y como para mugir levantaba con esfuerzo terrible su cabeza de toro.

Alrededor de la sala estaban alineados escabeles de ébano. Detrás de cada uno, un brazo de bronce que reposaba sobre sus garras sostenía una antorcha. Todas aquellas luces se reflejaban en las losas de nácar que pavimentaban la estancia. Era tan alta, que el color rojo de las paredes al llegar cerca de la bóveda parecía negro, y los tres ojos del ídolo, fulguraban en lo alto como estrellas perdidas en las tinieblas.

Los antiguos se sentaron en los escabeles de ébano, colocando sobre su cabeza la cola de su traje. Permanecían inmóviles con las manos escondidas en sus anchas mangas, y el pavimento de nácar que parecía un río luminoso que corría desde el altar á la puerta, se deslizaba bajo sus pies desnudos.

Los cuatro pontífices estaban en el centro, espalda contra espalda en cuatro sitios de marfil que formaban cruz. El gran sacerdote de Schmun, con traje de color de jacinto, el gran sacerdote de Tanit, vestido de blanco, el gran sacerdote de Khamon con una túnica de lana oscura, y el gran sacerdote de Moloch, con manto de púrpura.

Hamilcar se adelantó al candelabro, dió una vuelta á su alrededor y después de mirar las mechas que ardían, echó sobre ellas un polvo perfumado. Llamas violáceas brotaron en la extremidad de los brazos.

Entonces una voz aguda se levantó, otra le contestó; y los cien antiguos, los cuatro pontífices, y Hamilcar de pie, todos á una, entonaron un himno, y repitiendo siempre las mismas sílabas y aumentando de tono, sus voces crecien-

ron, estallaron, produjeron terror, y luego todas callaron á un tiempo.

Permanecieron algunos instantes en silencio. Por fin Hamilcar sacó de su pecho una estatuita de tres cabezas, azul como un zafiro y la colocó delante de él. Era la imagen de la verdad, el genio de su palabra. La volvió á colocar en su seno y todos como acometidos de una cólera repentina, exclamaron:

—¡Son tus grandes amigos los bárbaros! ¡Traidor! ¡Infame! ¡Vienes para vernos percer ¿no es eso? ¡Dejadle hablar!

—¡No, no!

Se vergaban de la prudencia á que les había constreñido el ceremonial político poco antes, y aún cuando deseaban la vuelta de Hamilcar, se indignaban ahora porque no previno sus desastres, ó porque no los había padecido como ellos.

Cuando se calmó el tumulto, el sacerdote de Moloch se levantó.

—Te preguntamos por qué no has vuelto á Cartago.

—¡Qué os importa!—preguntó con desdén el suffeta.

Los clamores redoblaron.

—¿De qué me acusáis? ¿Acaso no he cumplido con mi deber en la guerra? Ya habéis visto el plan de mis batallas, vosotros que decíais que mis bárbaros...

—¡Basta! ¡basta!

Añadió con voz reconcentrada para que le escucharan con más atención:

—¡Ah! ¡es verdad! ¡Me he engañado, lumbreras de los Baals; también hay gente intrépida entre vosotros. Giscon ¡levántate!

Y recorriendo el peldaño del altar, con los párpados entornados como aquel que busca á alguien y repitió:

—¡Levántate, Giscon! Tú puedes acusarme y estos defenderán. Pero ¿dónde está?

Luego como comprendiendo:

—¡Ah! ¡en su casa sin duda, rodeado de sus hijos, mandando á sus esclavos y contando en la pared los collares de honor que la patria le ha dado!

Todos se agitaron encogiéndose de hombros como flagelados por un látigo.

—¡No sabéis siquiera si ha muerto ó vive! Sin cuidarse de sus clamores, afirmaba que abandonando al suffeta abandonaron la República. Del mismo modo la paz romana que tan ventajosa les pareció resultaba más funesta que veinte batallas. Sus adversarios, jefes de los syssitas le vencieron por su número; los más importantes se habían agrupado junto á Hannon que estaba sentado en el otro extremo de la sala, ante una puerta alta cerrada por un tapiz de color de jacinto.

Había pintado con colorete las úlceras de su rostro, pero el polvo de oro de sus cabellos había caído sobre sus hombros y formaba dos placas brillantes, y aquellos parecían blancos, finos y ensortijados como la lana. Paños saturados de un perfume oleoso que goteaba sobre las losas envolvían sus manos, y su enfermedad había empeorado indudablemente, pues sus ojos desaparecían bajo los pliegues de los párpados, y para mirar tenía que echar atrás la cabeza. Sus partidarios querían que hablase. Por fin dijo una voz ronca y desagradable:

—¡Menos arrogancia, Barca! ¡Todos hemos sido vencidos! ¡Todos nos resignamos! ¡Resignate tú también!

—Dinos por lo contrario,—exclamó sonriendo Hamilcar,—como gobernaste tus galeras contra la flota romana.

—El viento me empujaba,—contestó Hannon.

—Haces como el rinoceronte que pisotea sus excrementos. Tú patentizas tu estupidez. ¡Cállate!

Y se recriminaron acerca de la batalla de las islas Egates.

Hannon le acusaba de no haberle auxiliado.

—Hubiera sido abandonar Eryx. Era preciso dirigirse

á alta mar; ¿quién te lo impedía? ¡Ah! ¡no me acordaba! Los elefantes temen al mar.

Los amigos de Hamilcar gustaron tanto de la broma que soltaron grandes carcajadas.

Hannon denunció la indignidad de tal ultraje. Aquella enfermedad le sobrevino á consecuencia de un enfriamiento en el sitio de Hecatompulo, y el llanto corría por su rostro como una lluvia de invierno por una pared ruinosa.

Hamilcar añadió:

—Si me hubiéreis amado tanto como á éste, ahora reinaría la alegría en Cartago! ¡Cuántas veces os he invocado! ¡y siempre rehusábais el dinero!

—¡Lo necesitábamos!—contestaron los jefes de los syssitas.

—Cuando todo iba de mal en peor, pues hemos llegado á beber los orines de los mulos y comido las correas de nuestras sandalias, cuando hubiera querido que los tallos de hierba fueran soldados y formar batallones con la podredumbre de nuestros muertos, acordáos de que aquí teníais muchas galeras intactas!

—No podíamos arriesgarlo todo de una vez,—contestó Baat-Baal, dueño de minas de oro en Jetulia.

—¿Qué hacíais aquí en Cartago en vuestras casas detrás de las murallas? Había galos junto al Eridan que era preciso empujar. Cananeos en Cyrene que hubiesen venido, y mientras los romanos enviaban embajadores á Petolomer...

—¡Ahora nos elogia á los romanos!

Alguien gritó:

—¿Cuanto te han dado por defenderles?

—¡Pregúntalo á las llanuras del Brutio, á las ruinas de Locres, de Metaponte y de Heraclea! ¡He quemado todos sus árboles, he saqueado todos sus templos, y matado hasta á los hijos de sus hijos!

Salammbó

—Declamas como un catedrático—contestó Kapuras, un mercader ilustre:—¿qué quieres, pues?

—¡Digo que era preciso ser más ingenioso ó más terrible! Si el Africa entera rechaza vuestro yugo, es que no sabéis uncirlo á su cerviz. Agatocles con Regulo, Copio, todos los hombres atrevidos, con sólo desembarcar la toman; y cuando los libios que están en Oriente, se unan á los númeras de Occidente, y los númeras vengan del Sur; y los romanos del Norte...

Un grito de horror resonó en la sala.

— ¡Ah! ¡entonces golpearéis vuestros pechos, os revolcaréis en el polvo y desgarraréis vuestros mantos! ¡de poco ha de servirlos! Iréis á rodar las muelas de Suburra, y á vendimiar en las colinas de Lacio.

Golpeábanse el muslo derecho para patentizar su escándalo y las mangas de sus túnicas se levantaban como grandes alas de aves asustadas. Hamílcar, dominado por su cólera, continuaba de pie en el último peldaño del altar, tembloroso, terrible. Levantaba los brazos y los rayos del candelabro que estaba tras él, pasaban entre sus dedos como dardos de oro.

—Perderéis vuestros navíos, vuestros campos, vuestros lechos suspendidos y los esclavos que os frotan los pies! Los chacales dormirán en vuestros palacios. El arado volcará vuestras tumbas. ¡Solo quedará el grito de las águilas y el montón de las ruinas! ¡Caerás Cartago!

Los cuatro pontífices extendieron las manos para apartar el anatema. Todos se habían levantado, pero el Suffeta de la Mar, magistrado sacerdotal bajo la protección del sol, era inviolable, mientras la asamblea de los Ricos, no le hubiese juzgado. El altar inspiraba terror. Retrocedieron.

Hamílcar no hablaba ya. Con los ojos fijos y la faz pálida como las perlas de su tiara, anhelante, casi asustado por sus propias palabras, permanecía inmóvil. Desde la altura en que estaba, las antorchas le parecían una anchá

corona de hogueras que ardían al ras del suelo; las negras humaredas subían hasta las tinieblas de la bóveda, y durante algunos minutos fué tan profundo el silencio que se oía á lo lejos el ruido del mar.

Luego, los Antiguos deliberaron. Sus intereses, sus existencias, estaban amenazadas por los bárbaros. No se les podía vencer sin el auxilio del Suffeta y aquella consideración les hizo olvidar las otras. Se habló á sus amigos. Hubo reconciliaciones interesadas, pactos y promesas. Hamílcar, no quería figurar en el gobierno; todos se lo suplicaron, y como de nuevo se pronunciara la palabra «traición» montó en cólera. El solo traidor era el Gran Consejo, pues el tiempo de enganche de los soldados expiraba con la guerra y eran libres desde que la guerra acabó; alabó su valor y ponderó las ventajas que proporcionarían á la República haciéndoles devotos á su causa por medio de donaciones y privilegios.

Entonces Magdassan, antiguo gobernador de provincias dijo dilatando sus ojos amarillos:

—En verdad, Barca, que á fuerza de viajar te has convertido en griego ó en latino. Todavía hablas de recomendar á esos hombres? Perezcan diez mil bárbaros, antes que uno solo de nosotros.

Los Antiguos, aprobaban con sus movimientos de cabeza murmurando:

—Sí, ¿por qué tantas consideraciones? ¡Siempre se encuentran soldados!

—Y es fácil también deshacerse de ellos, ¿verdad? Se les abandona como hicisteis en Cerdeña, se advierte al enemigo el camino que han de seguir, y así, se les cogió como ocurrió á los galos en Sicilia, ó se les desembarca en mitad del mar. ¡Al volver he visto la gran roca blanqueada por sus huesos!

—¡Qué desgracia! —replicó imprudentemente Kapuras.

—¿No se han pasado mil veces al enemigo? —exclamaron otros.

Hamilcar gritó:

—¿Por qué á pesar de vuestras leyes le llamasteis á Cartago? Cuando están aquí siendo pobres y numerosos junto á vuestras riquezas, no se os ocurre debilitarles dividiéndoles. Después, les despedís con sus mujeres y niños, á todos, sin quedaros un solo rehén! ¿Pensabais que se asesinarían mutuamente para evitaros el dolor de quebrantar vuestros juramentos? ¡Les odiais porque son fuertes! ¡Me odiais aún más á mí que soy su jefe! ¡Oh! Lo he comprendido hace poco cuando me besabais las manos, y os conteniais para no mordérmelas! Si los leones que dormían en el patio hubiesen entrado rugiendo, el clamor no fuera más espantoso. El pontífice de Echmun se levantó erguido como una estatua y dijo:

—¡Barca! Cartago necesita que tomes el mando general de las fuerzas púnicas.

—Lo rehuso,—contestó Hamilcar.

—Te daremos plenos poderes.

—¡No!

—Sin fiscalización, sin que tengas que dividirlo con nadie; te daremos cuanto dinero pidas, todos los cautivos, todo el botín, cincuenta zerets de tierra por cada muerto del enemigo.

—¡No! ¡no! porque es imposible vencer con vosotros.

—¡Tiene miedo!

—¡Porque sois cobardes, avaros, ingratos, pusilánimes y locos!

—¡Les favorece!

—Para ponerse á su cabeza,—dijo alguien.

—Y atacarnos nosotros,—contestó otro.

Desde el fondo de la sala, Hannon vociferó:

—¡Quiere hacerse rey!

Entonces todos se levantaron tirando los escabeles y las antorchas. Formando un grupo compacto se lanzaron hacia el altar. Blandían puñales, pero buscando bajo sus mangas, Hamilcar, sacó dos grandes cuchillos, y encorva-

do, con el pie izquierdo adelantado, llameantes los ojos, apretados los dientes, les desafiaba inmóvil bajo el candebro de oro.

Resultaba que todos tenían armas; era un crimen; se miraron unos á otros asustados. Como todos eran culpables se tranquilizaron; poco á poco volviendo la espalda al Suffeta, bajaron rabiosos por la humillación. Por segunda vez retrocedían ante él. Durante algún tiempo permanecieron en pie.

Muchos que se habían herido los dedos los llevaban á su boca ó los envolvían con el borde de sus mantos.

Iban á salir, cuando Hamilcar oyó estas palabras:

—¡Es una delicadeza suya para no afligir á su hija!

Una voz más alta dijo:

—¡Sin duda alguna, ya que escoje los amantes entre los Mercenarios!

Tambaleóse al oír aquello, y después sus ojos buscaron maquinalmente á Schahabarim. El sacerdote de Tanit era el único que permanecía en su sitio, y Hamilcar veía desde lejos su alto casquete. Todos le escarnecían. A medida que aumentaba su angustia redoblaba la alegría de ellos, y entre carcajadas é imprecaciones, los de las últimas filas gritaban:

—¡Le han visto salir de su cuarto!

—¡Sí, una mañana del mes de Tammuz!

—¡Es el que robó el zaimph!

—¡Es un buen mozo!

—¡Es más alto que tú!

Arrancó su tiara, insignia de su dignidad, su tiara de ocho hileras místicas en cuyo centro había una concha de esmeraldas, y con ambas manos, con toda su fuerza, la arrojó al suelo. Los círculos de oro rompiéndose, rebataron, las perlas resonaron sobre las losas. Vieron entonces en la blancura de su frente una larga cicatriz, que semejava una culebra entre sus cejas. Todos sus miembros temblaban. Subió una de las escalinatas laterales que condu-

cían sobre el altar, y marchó sobre él. Aquello era ofrecer-se á Dios, entregarse en holocausto. El movimiento de su manto agitaba los resplandores del candelabro y el polvo fino levantado por sus pasos, le rodeaba como una nube hasta la cintura. Se detuvo entre las piernas del coloso de cobre, tomó en sus manos dos puñados de aquel polvo cuya sola vista hacía estremecer de horror á todos los cartagineses y dijo:

—¡Por las cien antorchas de vuestras Inteligencias! ¡Por las ocho hogueras de los Kabyros! ¡por las estrellas, los meteoros y los volcanes! ¡Por todo lo que arde! ¡Por la sed del desierto y por el salobre del Océano! ¡Por la caverna de Hadrumeto, y el imperio de las Almas! ¡Por la exterminación! ¡Por las cenizas de vuestros hijos! ¡y las cenizas de los hermanos de vuestros antepasados con quienes ahora confundo la mía! ¡Vosotros, los cien del Consejo de Cartago mentísteis acusando á mi hija! Y yo, Hamilcar Barca, Suffeta de la Mar, Jefe de los Ricos, y Dominador del pueblo, ante Moloch, cabeza de toro, juro:—Aquí esperaban algo espantoso, pero añadió con voz más alta y más tranquila;—que ni siquiera le hablaré de ello!

Los servidores del templo entraron llevando unas esponjas de púrpura, y otros palmas. Levantaron la cortina tendida ante la puerta, y por la abertura, se vió al final de las otras salas la inmensa bóveda rosada que parecía continuar la bóveda, apoyándose en el horizonte sobre el mar azul. El sol emergiendo de las olas subía. Chocó de repente contra el pecho del coloso, dividido en siete compartimientos cerrados por rejas. Sus fauces de rojos dientes se abrían con horrible bostezo; las enormes ventanas de su nariz se dilataban. Le animaba la claridad, y le daba un aspecto espantable é impaciente como si deseara saltar al exterior para mezclarse con el astro, con el Dios y recorrer con él las inmensidades.

Entretanto las antorchas tiradas al suelo, ardían aún,

produciendo sobre el pavimento de nácar como manchas de sangre.

Los Antiguos se balanceaban extenuados; aspiraban con ansia la fresca del aire; corría el sudor por sus rostros lívidos; á fuerza de haber gritado, no podían hablar, pero su cólera contra el suffeta no cedía; á modo de adios le lanzaban amenazas y Hamilcar les contestaba:

—¡Hasta la noche próxima, Barca, en el templo de Ehmun!

—¡Estaré!

—¡Te haremos condenar por los Ricos!

—¡Y yo, por el pueblo!

—¡Cuida de no acabar crucificado!

—¡Y vosotros arrastrados por las calles!

Cuando llegaron al umbral del patio, recobraron su actitud tranquila.

Sus corredores y cocheros les esperaban en la puerta. La mayoría montaron en mulas blancas. El Suffeta saltó sobre su carro y tomó las riendas. Los caballos arrancaron golpeando cadenciosamente los guijarros que saltaban, y subieron á escape toda la avenida de los Mappales, y el buitre de plata del extremo de la lanza, parecía volar según lo rápido que pasaba el carro.

El camino atravesaba un campo, donde se erguían altas losas puntiagudas en la cima como pirámides y que tenían en el centro una mano abierta, como si el muerto tendido debajo la hubiera levantado al cielo para reclamar algo.

Un alto edificio dominaba una serie de construcciones que se extendían á la derecha alineados como dos murallas de bronce.

Cuando el carro fragoroso hubo entrado por la estrecha puerta, se detuvo bajo un ancho cobertizo, donde muchos caballos comían montones de hierba.